

JUDY I. LIN

UNA
MAGIA
IMPREGNADA
DE
VENENO





CAPÍTULO UNO

Dicen que se puede reconocer a un verdadero shénnóng-shī por sus manos: las palmas pintadas por las manchas de tierra, las yemas de los dedos con las cicatrices de las espinas, una costra permanente de polvo y sangre que le oscurece las uñas.

Solía ver mis manos con orgullo. Ahora, lo único que puedo pensar al verlas es: «Estas son las manos que enterraron a mi madre».



Nuestra casa está oscura y callada mientras me muevo entre las habitaciones como una ladrona. Escarbo entre las cajas y cajones, revuelvo las cosas que mi padre mantenía ocultas para no recordar su dolor; con pisadas cautelosas serpenteo entre sillas y canastas, escurridores y frascos. Alcanzo a oír a Shu toser a través de las paredes y dar vueltas en la cama. Ha empeorado en los últimos días; pronto el veneno se la llevará, como se llevó a nuestra madre.

Por eso debo irme esta noche, antes de que mi padre intente detenerme y la culpa y el miedo me aten aquí hasta que sea demasiado tarde. Toco el pergamino escondido entre los pliegues de mi túnica para asegurarme de que sigue ahí.

Encuentro lo que busco en la parte trasera del almacén: la caja de shénnóng-shī de mi madre que está escondida en el rincón de una alacena. Los recuerdos se escurren por la tapa abierta con un suspiro, como si hubieran estado esperándome en la oscuridad con aroma a té. Acaricio cada una de las ranuras en la madera con las

puntas de los dedos, toco todos los compartimientos; recuerdo cómo repetíamos una y otra vez los nombres de los objetos ahí guardados. Esta caja es un mapa de ella, de sus enseñanzas, sus historias, su magia. Sin embargo, la imagen trae consigo otros recuerdos: una taza rota, una mancha oscura sobre el piso, así que cierro la tapa a toda prisa.

En la misma alacena encuentro otros frascos, marcados con la meticulosa escritura de mi madre. Las manos me tiemblan un poco al abrir ese que contiene las hojas de té del verano pasado: la última cosecha con la que le ayudé, caminando por los senderos del jardín, tomando las hojas de las ramas a mi alcance.

Mientras inhalo el aroma de las hojas tostadas, la fragancia se convierte en amargura al fondo de mi lengua. Recuerdo que mis últimos intentos por utilizar la magia terminaron en lágrimas y fracaso, y juré no tocar los instrumentos nunca más. Sin embargo, eso fue antes de que el pergamino apareciera en nuestra puerta; el fracaso ya no es opción.

La gente que no lo entiende suele reducir a los shénnóng-shī al papel de un talentoso animador, capaz de servir esta bebida tan común de forma artística. Los shénnóng-shī entrenados son competentes en los elementos básicos, es cierto: los sabores apropiados para cada ocasión, la forma y la manufactura correctas que debe tener una taza para que combine con el té que se servirá. No obstante, los verdaderos portadores de la magia de Shénnóng tienen especialidades particulares. Algunos preparan té para las emociones: compasión, amor, esperanza; otros son capaces de dotar al cuerpo de energía o alentar a quien los beba a recuperar recuerdos que creían perdidos. Van más allá de los muros del cuerpo y penetran hasta el alma misma.

Guiada por la luz parpadeante del brasero, saco la charola y las vasijas que la acompañan, una para hacer la infusión y otra para dejarla reposar. Por encima del borboteo del agua escucho un chirrido en la habitación contigua. Me congelo, temerosa de la larga sombra oscura sobre la pared y la furia de mi padre que seguro la acompañará.

Pero es solo el estruendo de los ronquidos de mi padre, así que exhalo por lo bajo y vuelvo a mis instrumentos. Utilizo las pinzas de

madera para colocar las bolas de hojas de té en el recipiente y, con un delicado giro de la muñeca, el agua caliente fluye sobre ellas. Se desenrollan despacio y liberan sus secretos.

Los más grandes shénnóng-shī pueden ver el futuro desenvolverse, ondear en los vapores de una taza preparada a la perfección. Una vez mi madre preparó fù pén zǐ, que se obtiene al secar las hojas de los arbustos de frambuesas, para una mujer embarazada de la aldea. El vapor se tornó azul en medio del aire matutino y cobró la forma de cuatro agujas brillantes. A partir de eso, pudo inferir que el bebé nacería muerto.

Escucho su voz mientras las hojas se expanden en el agua, como cuando nos contaba que la bruma de la tarde sigue a las puntas blancas de las alas de la Guardiania de la Montaña, la diosa que se convierte en ave durante el ocaso. Ella es la Dama del Sur, quien dejó caer una hoja de su pico en la taza del Primer Emperador y le dio a la humanidad el placer del té.

De pequeñas, Shu y yo seguíamos a nuestros padres por los jardines y huertos con canastas en la cintura. Con frecuencia creía sentir el roce de esas alas sobre mi piel. A veces nos deteníamos a escuchar mientras la diosa nos guiaba hacia un nido de pichones que piaban o nos advertía sobre las fuertes lluvias que podrían pudrir las raíces si no éramos diligentes al arar la tierra.

Vacío el líquido dorado de la vasija para infundir a la vasija de reposo. Mi madre nunca nos permitió olvidar los modos antiguos, anteriores a los clanes conquistados, previos al surgimiento y la caída de imperios. Estaban en cada taza que preparaba, un ritual que realizaba con reverencia; estaban en la forma en que conocía cada uno de los componentes de su té: el origen del agua, el aroma de la madera que atizaba el fuego, la vasija en la que calentaba el agua. Estaban en todo, hasta en las hojas que tomaba con sus propios dedos, que sumergía en una taza moldeada por sus propias manos y que calentaba en su propio horno. Estaban destilados en un líquido dorado que contenía en las palmas de sus dos manos y que ofrecía como una bendición: «Aquí estoy. Bebe y encuentra el bienestar».

Me inclino hacia adelante e inhalo el dulce aroma a manzana; oigo el somnoliento zumbido de las abejas entre las flores. Una

sensación reconfortante me rodea y me envuelve con su calidez. Se me empiezan a cerrar los párpados, pero el momento se disipa cuando algo pasa disparado frente a mis ojos. El cuerpo entero me cosquillea, alerta, y distingo un revoloteo de alas negras a mi derecha: un cuervo que atraviesa la ahumada oscuridad antes de desaparecer.

Toma toda una vida de entrenamiento aprender a leer el té con maestría, y yo ya me había resignado a convertirme en aprendiz de médico. Se decidió hace un año: mi hermana no soportaba ver sangre y mi padre requería otro par de manos.

La duda me recorre la piel mientras vuelvo a acariciar el pergamino, una invitación destinada a alguien más, la verdadera aprendiz de mi madre. Pero mamá está muerta, y solo una de nosotras tiene la fuerza suficiente como para viajar.

Me obligo a concentrarme: respira profundo, suelta el aire. El vapor ondea en la estela de mi exhalación. No hay más visiones. Un hilo de té cae sobre la taza, solo un sorbo. La bebida me resbala por la garganta con el sabor a la miel del optimismo, la promesa de que el verano durará por siempre...

El valor refulge fuerte y brillante en mi pecho, caliente como una roca de río horneada por el sol; la confianza me escurre por las extremidades. Echo los hombros hacia atrás y me siento lista, como un gato preparado para abalanzarse sobre su presa. La tensión en el fondo de mi estómago se distiende un poco: la magia sigue ahí, los dioses no me la han quitado como castigo por mi descuido.

El sonido de una violenta tos interrumpe mi concentración. Tiro una de las vasijas, y el té se derrama sobre la charola mientras corro a la otra habitación.

Con los brazos temblorosos, mi hermana batalla para sostenerse; la tos estremece su endeble cuerpo. Busca a tientas el cuenco que mantenemos a un lado de su cama y se lo doy. La sangre salpica la madera una y otra vez; es muchísima. Luego de una eternidad, las arcadas por fin ceden, y mi hermana tiembla recargada sobre mí.

—Frío—susurra.

Me acuesto a su lado y nos envuelvo con las cobijas. Ella se aferra a mi túnica e inhala con dificultad. La abrazo mientras su respiración se sosiega y las líneas tensas alrededor de su boca comienzan a relajarse.

Mi padre y yo hemos hecho nuestro mejor esfuerzo por tratar a Shu a falta del conocimiento de mi madre. Yo batallo para recordar todas aquellas lecciones de mi infancia; mi padre, por otro lado, es un médico calificado, que se educó en el colegio imperial. Él sabe cómo arreglar huesos y remendar heridas, cómo tratar padecimientos externos. Aunque conoce algo de medicina interior, siempre declinaba en favor del arte de mamá para los problemas más complejos. Era lo que hacía que su relación funcionara tan bien.

Mi padre ha usado hasta la última gota de su conocimiento, incluso se tragó su orgullo para enviar una carta al colegio y pedir ayuda; ha probado todos los antídotos que están a su alcance. Sin embargo, yo sé cuál es la oscura verdad que nos negamos a aceptar: mi hermana está muriendo. Los tónicos y tinturas fungen como represas que mantienen el veneno a raya, pero un día se desbordará, no hay nada que podamos hacer para detenerlo. Y soy yo quien le falló.

En la oscuridad, lucho contra mis pensamientos y mi angustia. No quiero dejarla atrás, pero no hay otra manera de salir adelante. El pergamino es la única respuesta. Una procesión real lo entregó en la casa de la única shénnóng-shī en Dàxī. Shu era la única que estaba en casa cuando lo recibimos; yo estaba con papá en la aldea, atendiendo a uno de sus pacientes. Ella lo desenrolló en la privacidad de nuestra habitación más tarde para que pudiera verlo. La tela, enhebrada en oro, resplandecía. El dragón ondulaba en la parte trasera; el bordado era tan fino que parecía que en cualquier momento cobraría vida y bailarían a nuestro alrededor, con una estela de llamas a su paso.

—Llegó hoy para nosotras —me dijo con una intensidad que pocas veces le vi a mi recatada hermana—. Un convoy imperial con un decreto de la princesa.

Conozco las palabras casi de memoria: «Por decreto imperial, la princesa Li Ying-Zhen le invita a una celebración y conmemoración de la emperatriz matrona, a quien se le honrará con un festival en busca de una estrella naciente. Todos los shénnóng-tú están invitados al reto, mediante el cual se designará al siguiente shénnóng-shī que servirá en la corte. El ganador de la competencia recibirá un favor de la princesa misma».

Las palabras me cantan al oído, me llaman. En esta generación no ha habido un solo shénnóng-shī admitido en la corte, y el elegido recibiría el más grande de los honores. Le permitiría al shénnóng-tú dejar atrás las pruebas y convertirse en un maestro sin obstáculos. Su casa recibiría riquezas; su aldea se volvería famosa. Pero lo que más me atrae es la esperanza del favor; podría exigir que a mi hermana la atendieran los mejores médicos del reino, aquellos que le han tomado el pulso al emperador mismo.

La garganta se me cierra al ver a mi hermana, dormida profundamente a mi lado. Si pudiera extraerle el veneno que lleva dentro para ingerirlo yo, lo haría con gusto. Haría cualquier cosa por aliviar su sufrimiento.

Yo preparé la funesta taza para mi madre y para Shu con el bloque de hojas de té que suele distribuirse entre todos los súbditos del emperador para el Festival de Medio Otoño. Por un momento, mientras el agua hirviendo se mezclaba con las hojas, creí ver una serpiente blanca y resplandeciente que se retorció en el aire, la cual desapareció cuando disipé el vapor con la mano. No debí haberlo pasado por alto.

Poco tiempo después, los labios de mi madre se tornaron negros. La serpiente fue un presagio, una advertencia de la diosa, y no hice caso. Aunque tuviera terribles dolores, aunque el malestar le destrozara el cuerpo, mi madre hizo un tónico que obligó a mi hermana a volver el estómago y le salvó la vida... al menos de momento.

Bajo de la cama con cuidado de no interrumpir el descanso de mi hermana. No me toma mucho tiempo empacar el resto de mis pertenencias; la ropa la meto en un saco, junto con mi única posesión que tiene algo de valor: un collar que recibí en mi décimo cumpleaños, mismo que venderé para poder viajar a la capital.

—¡Ning!

El susurro de Shu atraviesa la noche. Supongo que, a fin de cuentas, no estaba dormida. El corazón me duele al verle la cara, pálida como la leche; parece una criatura salvaje de uno de los cuentos de mi madre: los ojos con un brillo indómito, el cabello enmarañado sobre la cabeza, el ciervo con piel humana.

Me arrodillo a su lado mientras sus manos, que sostienen algo pequeño envuelto en tela, encuentran las mías. La punta de un al-

filer me pica la mano; desdoble el pañuelo y alzo el objeto bajo la luz de la luna: es un pasador adornado con piedras preciosas que algún cliente agradecido le dio a mi madre, un preciado recuerdo de la capital. Era un tesoro pensado para Shu, como el collar lo fue para mí.

—Llévalo contigo, para que puedas sentirte hermosa en el palacio, tanto como lo era ella. —Abro la boca para hablar, pero Shu acalla mis protestas con un movimiento de la cabeza—. Tienes que irte esta noche. —El tono de su voz es severo, como si ella fuera la mayor y yo la menor—. No te llenes de tartas de castaña.

Me río con una fuerza excesiva, pero me trago la carcajada y, por imposible que parezca, también contengo las lágrimas. ¿Y si cuando vuelva ella ya no está?

—Creo en ti —asegura, haciendo eco de la ferocidad de anoche, cuando me dijo que tenía que ir a la capital y dejarla atrás—. Le diré a papá por la mañana que fuiste a visitar a nuestra tía. Eso te dará un poco de tiempo antes de que se dé cuenta de que no estás.

Le aprieto la mano con fuerza. No estoy segura de poder hablar. No estoy segura de lo que diría de poder hacerlo.

—Que el Príncipe Desterrado no te atrape en la oscuridad —susurra.

Una historia de nuestra infancia, un cuento de buenas noches con el que todos crecimos: el Príncipe Desterrado y su isla de criminales y bandidos. Lo que en realidad quiere decirme es: «Ten cuidado».

Presiono mis labios sobre su frente y me escabullo por la puerta.



CAPÍTULO DOS

Con el valor del té aún recorriéndome el cuerpo, atravieso la noche brumosa más rápido de lo usual. La luna es un disco pálido que alumbra mi camino y me lleva hacia el sendero principal.

Mi madre solía decir que hay una hermosa mujer que vive en la luna tras haber sido raptada por su esposo celestial, quien anhelaba su belleza terrestre; le construyó un palacio de cristal y le dio un conejo para que le hiciera compañía, con la esperanza de que la soledad la hiciera ansiar su presencia. Sin embargo, ella fue ingeniosa y robó el elixir de la inmortalidad que él había preparado para sí mismo. Los dioses le ofrecieron un lugar entre ellos, pero la mujer eligió quedarse en su palacio, pues se había acostumbrado al silencio.

«Le dieron el título de Diosa de la Luna y la llamaron Ning, que significa tranquilidad». Aún recuerdo la suave voz de mi madre relatándome historias mientras me acariciaba el cabello, aquella sensación de amor que me envolvía cuando ella me contaba el origen de mi nombre.

Con su voz como guía, los pies me llevan a una pequeña arboleda al extremo de nuestros huertos. Toco las hojas céreas. Mi madre crió estos árboles de forma laboriosa desde que eran semillas; cuando al fin florecieron y dieron frutos, nos levantó a Shu y a mí y nos hizo girar entre sus brazos, su alegría nos rodeaba y nos hacía reír. Está enterrada ahí, entre los árboles. Me quedo sin aliento al ver un destello blanco entre los brotes verdes: es el primer capullo

de la temporada, que apenas comienza a florecer. Su flor favorita, una señal de que su alma sigue aquí y nos cuida.

El viento sopla de pronto y agita los árboles. Las hojas me rozan el cabello, como si sintieran la tristeza que llevo dentro y me ofrecieran consuelo.

Paso el pulgar por el collar que llevo en la base del cuello; los pequeños picos y valles simbolizan la eternidad, el equilibrio cósmico. Cada uno de nosotros contiene tres almas que se separan de nuestros cuerpos al morir; una vuelve a la tierra, una al aire y el alma final desciende a la rueda de la vida. Pongo los labios sobre la cuenta dura y lisa en el centro del nudo. El duelo tiene un sabor amargo y persistente, pero tan sutil que a veces se disfraza de dulzura.

«Madre, es aquí donde más te extraño», pienso y le susurro una promesa: que volveré con una cura para la enfermedad de Shu. Con las manos sobre el corazón, hago una leve reverencia, una promesa para los vivos y los muertos, y dejo atrás mi hogar de la infancia.



Llego al sendero principal, que me deja cerca de la aldea adormecida. Volteo una sola vez para mirar la noche que se suaviza alrededor de nuestros jardines. Aun en la oscuridad, la neblina se enrosca alrededor de los árboles de té y apaga su color, un mar de verde y blanco que se mece.

Entonces escucho algo, un curioso crujido, como de ave. Me detengo. Hay movimiento sobre el tejado de un edificio cercano, en el fondo de las laderas; reconozco la forma de las vigas: es el almacén de té a las orillas del pueblo. Escucho mientras contengo la respiración. No es un ave, sino el susurro de unos zapatos que resbalan por el tejado; una sombra aparece en la tierra frente a mí, proyectada desde arriba, agazapada y furtiva. Un intruso.

No hay razón para merodear el almacén del gobernador, a menos que quieras que cuatro caballos que corren en direcciones distintas te descuarticen... o que tengas el poder para desafiarlo con la fuerza de tres hombres, la capacidad de llegar hasta el techo de un solo salto y atravesar un mar de soldados con la velocidad de tu espada. «A menos que seas la Sombra», me digo.

La gente ha esparcido advertencias sobre la Sombra, la extraña figura que, se rumora, es responsable de la serie de envenenamientos del té en todo el territorio. Se sabe que los bandidos acechan cerca de las fronteras de Dàxī, que asaltan caravanas y hieren a cualquiera que se interponga en su camino; sin embargo, hay un forajido que no está asociado con ninguna de las pandillas en las listas del Ministerio de Justicia, un forajido que es capaz de encontrar tesoros escondidos y revelar secretos enterrados mientras deja un rastro de cadáveres a su paso.

A fin de cuentas, el destello del ala de cuervo que vi en el vapor sobre la taza de té sí era un presagio.

Algo pasa por encima de mi cabeza y cae a mis pies con un golpe sordo; una maldición resuena por encima de mí y las pisadas se aceleran, huyen. Es la maldición la que me llama la atención: si es la famosa Sombra, suena bastante humana. Dentro de mí, la curiosidad lucha contra la suspicacia con tal fuerza que echan chispas.

Tomo el objeto que cayó y con la uña perforo el fino papel que lo cubre. Debajo siento algo familiar, delgadas hebras compactadas en un bloque sólido que emiten un aroma terroso: es un bloque de té. Volteo el paquete y el sello rojo salta a la vista como una advertencia. El gobernador nos prometió que todos los bloques envenenados se habían incautado y marcado para destruirlos.

Sigo el sonido de las pisadas sobre el techo, mientras el temor en mi estómago se tensa más con cada paso, yendo del miedo a la rabia. Rabia por la muerte de mi madre, por el dolor perenne de Shu.

Echo los hombros hacia atrás y un gruñido se forma en mi garganta mientras el valor del té me recorre el cuerpo entero y alimenta mi audacia. Me quito de encima mis pertenencias y las coloco a un costado del almacén. Trituro el té entre mis manos; las hojas se hacen polvo y caen para dejar un rastro detrás de mí cuando comienzo a correr. La rabia es agradable y real, un bienvenido descanso de mi impotencia habitual. Mi mente se enfoca en una sola cosa: no puedo dejar que la Sombra escape con el veneno, no si eso significa que otra chica tendrá que enterrar a su madre.

Doblo la esquina volando, me deshago de toda pretensión de sigilo. Solo la velocidad importa ya.

Alcanzo a ver al borrón oscuro moverse por el aire y aterrizar a menos de veinte pasos de mí. Me da la espalda y no pienso: acorto la distancia en un parpadeo y me abalanzo con toda mi furia.

Mi peso desbalancea a la figura oscura y caemos al suelo. Busco asirme de cualquier cosa y estrujo la tela de su ropa a pesar de que el impacto de la caída me provoca una oleada de dolor en el hombro. El ladrón se mueve, se retuerce entre mis manos. Lo golpeo con el codo debajo de las costillas y logro arrancarle el aliento, que sale en forma de silbido. Ese conocimiento lo obtuve al ayudar a mi padre a sostener a hombres enormes mientras él les acomodaba los huesos.

Por desgracia, el ladrón no es uno de los pacientes de papá, que suelen estar debilitados por la enfermedad o delirantes por el dolor, así que reacciona de inmediato: me sujeta la muñeca derecha y la tuerce en una dirección en la que no debería poder moverse. Dejo escapar un alarido de dolor y lo suelto; con un movimiento fluido se pone de pie antes de que yo pueda siquiera quitarme el cabello de los ojos.

Yo también logro levantarme, aunque con menos gracia, y nos estudiamos. La luna brilla con intensidad sobre nuestras cabezas y nos ilumina a ambos. Su cuerpo es esbelto, una cabeza más alto que el mío; la oscuridad oculta sus facciones, luce como una figura salida de una pesadilla. Un pedazo de madera le cubre la mitad superior de la cara, y dos cuernos curvos salen del ceño rajado. Parece el Dios de los Demonios, capaz de degollar fantasmas molestos con un zarpazo de su espada. Una máscara que esconde el rostro del terror que acosa a Dàxī.

Toma un saco que cayó durante la riña y se lo ata al hombro con un nudo. Me quema con la mirada por detrás de la máscara; la boca se le asienta en una línea rígida.

Detrás de mí está la libertad, los muelles donde los trabajadores del almacén reciben las entregas; puede robarse uno de los botes o desaparecer por el callejón. En la otra dirección está el centro de la aldea, donde la posibilidad de que las patrullas lo atrapen es mayor.

Corre hacia mí e intenta usar la fuerza bruta para hacerme a un lado; sin embargo, lo esquivo y me lanzo hacia sus piernas para derribarlo. Da un paso al costado y me aparta con un empujón, pero logro asirme del saco cuando pasa a mi lado y lo hago tropezar.

Se voltea y me patea la rodilla. La pierna me flaquea y caigo sobre mi brazo; un dolor abrasador me recorre todo el costado izquierdo. Una segunda patada me lanza a la tierra. El ladrón sabe a la perfección dónde golpear, no estoy a su altura.

Intenta irse de nuevo, así que me coloco bocabajo, le clavo las uñas en las piernas y lo obligo a que me arrastre consigo. No puedo permitir que escape con el veneno. Inhalo profundo para gritar, pero antes de que cualquier sonido salga de mi boca, un puño veloz me golpea la sien. Caigo de espaldas y el dolor me explota en la cabeza como un petardo.

Intento renguear detrás de él, pero no soy capaz de recobrar el aliento. La visión se me nubla; los edificios se mecen como si fueran árboles. Me recargo en la pared y alzo la mirada justo a tiempo para ver a la figura oscura saltar desde unos barriles apilados hacia el techo.

El ladrón desaparece en medio de la noche sin dejar rastro de su presencia, salvo por la sangre que me corre por el cabello y el zumbido que retumba en mis oídos.